

MENDACIDAD

Lo estuve viendo casi a diario durante varios años. El tipo se posesionaba de una esquina, controlada por un semáforo, para mendigar entre los conductores de vehículos.

Circulaba en una especie de velocípedo que había modificado para instalarle una silla y un manubrio con freno. Su apariencia era casi grotesca, si bien despertaba una mezcla de simpatía y conmiseración. Su brazo izquierdo doblado en el codo y en la muñeca, los dedos separados y agarrotados. Las piernas flácidas sobre los pedales. El hombro izquierdo levantado y, sobre él, la cabeza inclinada y echada hacia atrás. La boca entreabierta e inútil pues apenas tartajeaba, Los ojos dirigidos hacia el vacío mirando a la nada pero atisbándolo todo. Su tic nervioso obligaba a contemplarlo otra vez. De su cuello pendía una lata para coleccionar las limosnas.

Una tarde, ya oscureciendo, lo divisé. Salía de un corralón, bien vestido. Los hombros en su sitio, el balanceo de los brazos y el andar apresurado y presuntuoso evidenciaban que había tenido un buen día. Supuse que se dirigía a casa no para contar las monedas recibidas sino para mofarse de los incautos atrapados en su lucrativa pantomima. Yo, entre ellos.

© Manuel Escalante.